

Y cojiendo su cincel y su martillo adelantóse hácia la estatua, de la que iba á quitar el velo, cuando un sonoro martillazo resonó en la puerta de la estancia.

El jóven se detuvo estremeciéndose todo entero como si hubiese recibido un choque eléctrico.

Volvieron á llamar y entonces, maquinalmente, sin saber lo que se hacia, se adelantó y abrió la puerta.

Un hombre entró en el taller lentamente, mirando á todas partes con la astucia y mirada de una raposa.

Felipe dejó caer el cincel y el martillo. El hombre que acaba de entrar era Jimenez, el mismo Jimenez que como dos años hacia se adelantó hácia él y que, como dos años hacia tambien, le dijo:

— Señor caballero, sé que os veis con mi María todas las tardes, y esto, como podeis figuraros, me desagrada. Yo soy hombre que hablo muy claro. Si llega á suceder que os encuentre un dia á entrambos mano á mano, tengo una vieja carabina que jamás me ha fallado y en un decir amen planto una bala en el corazon de mi hija.

Felipe asombrado, respirando penosamente, pasando una mano convulsa por su rostro, dió un paso atrás, volvió sus extraviados ojos hácia la estatua, y.... y—poder de Dios!—la vió estremecerse tambien bajo su velo como estremecerse la habia visto en situacion parecida hacia dos años.

En cuanto á Jimenez como si no hubiese notado nada, continuó:

—Con que, ya estais advertido, y hasta mas ver, señor caballero!

Y dicho esto se dirigió á la puerta por la cual desapareció.

—Dios mio! Dios mio!—murmuró Felipe lanzándose hácia la estatua.

Pero en el instante en que llegaba á su pié, vió, nuevo Pigmalion, agitarse el velo que cubria á su vírgen.

—Oh! se ha movido!—esclamó Felipe.—Está terminada! terminada!

La estatua bajó de su pedestal.

—Ya baja!... ya anda!—continuó el insensato.

La estatua le miró sonriendo.

—Me ve! me sonrío! me conoce! gritó retorciéndose las manos el pobre loco.

La estatua le dijo en voz baja: —Felipe! Felipe!

—María! María!—esclamó el artista dando un grito supremo y cayendo de rodillas presa de un delirio tal que entonces fué verdaderamente cuando pareció volverse loco.

— Cuando esta agitacion hubo cedido un poco, Felipe se desmayó. Llegóse á creer por un instante que el pobre jóven iba á sucumbir á tanta emocion, á tanta locura, á tanta dicha; pero tres horas despues, al volver de su crisis, Felipe, tranquilo ya y sereno, reconoció á su madre y la besó en la frente, reconoció á Jimenez y le tendió su mano, reconoció á María y la estrechó, delirante de amor, contra su corazon.

Esta milagrosa cura hizo gran ruido en toda la provincia, y los devotos atribuyeron semejante milagro á la intervencion de la Vírgen de la Piedad que, segun decian, habia soplado sobre el mármol inmóvil del artista.

Este entonces regaló su estatua al monasterio de Yuste, pero no tardó muchos años en ir á reunirse con ella.

María, la mujer que tan adorada fuera, murió á poco de ser su esposa, y Felipe se retiró al célebre monasterio á llorarla. De esta manera tuvo el derecho de arrodillarse cada dia ante la estatua que le habia inspirado su sublime locura y que, por oírsele llamar á él, la llamaban tambien todos *la Vírgen del cántaro*.

X.

LOS GERÓNIMOS.

— SUSPENDAMOS por un momento y demos tregua á las narraciones dramáticas. Hora es ya de que, siguiendo el plan que nos hemos propuesto en esta obra, trazemos una reseña histórica de la órden á que pertenecian los moradores de Yuste, interesados como deben estar nuestros lectores en vernos mezclar la historia al drama, la poesia á la crónica, la sencillez de la verdadera leyenda al enlace fabuloso de la tradicional conseja.

No dejen de acompañarnos nuestros lectores en esta otra senda, que interés nuestro será hacérsela tan grata y deleitosa como nos lo permitan los hechos.

Á mediados del siglo XIV, cuando reinaba en Castilla ese hombre á quien parece que la naturaleza quiso hacer participar de los instintos de la hiena, de la ferocidad del tigre y de la nobleza del leon; cuando empuñaba el cetro ese hombre á quien la posteridad dividida duda si levantarle estatuas como los atenienses á Aristides, ó escupir á su memoria como los parisienses á la de Perrinet Leclercq; cuando en fin se sentaba en el trono que habia ocupado san Fernando ese hombre conocido por los unos como Pedro *el Cruel* y proclamado por los otros Pedro *el Justiciero*, pero sobre quien parece sin embargo haber caído la mano de Dios puesto que su nombre esteril no ha tenido sucesor en el solio de España; entonces, decimos, la corte de Castilla poseía entre sus grandes á un grande, entre sus jóvenes á un joven cuyo recuerdo viene á reclamarnos su lugar en esta obra y cuya historia va á llenarnos algunas páginas.

Era un joven de modales distinguidos, de rostro pálido, de figura doliente, que parecia llevar sus sedas y sus galas con la característica indolencia del hombre que no se considera nacido para el lugar que ocupa. Resplandecía en toda su persona un sello de tristeza y poética dulzura que embargaba el corazón conquistándole las simpatías de cuantos le hablaban, sucediendo las mas de las veces, á las dos palabras, sentirse arrastrados hácia él por ese indefinible y vago interés que, iman de las almas, se atrae subyugador las voluntades.

Algo de ascético, de monacal, si así puede decirse, se traslucía á través de la huella melancólica que sus facciones parecian haber guardado de toda una vida de punzante dolor y solitaria contemplación.

Este joven se llamaba Pedro Fernandez Pecha y añadian algunos *de la Cámara*, por ser camarero mayor del rey D. Pedro, plaza que ocupaba ya su padre cerca el rey Alfonso XI de Leon y V de Castilla.

Viviendo en las intrigas y el bullicio de la corte, estaba nuestro joven fuera de su centro. Amaba la soledad, se sentia subyugado cuando le contaban los monótonos episodios de una vida ascética y contemplativa, y—no siendo acaso extrañas á esas ideas los desórdenes de una vida turbulenta y un corazón gastado antes de tiempo—á nada mas aspiraba que á sepultarse en un desierto, y á construirse su choza al pié de una roca, como un águila labrando su nido en una peña, ó como el dálmata Gerónimo cavando su tumba á la falda del desnudo Mória.

Para esa transición que su alma demandaba, para pasar de las ricas antesalas del castellano monarca á las peladas cimas de un monte solitario, solo necesitaba un pretexto, una ocasión.

Ambas cosas se le presentaron.

Una mañana oyó gran ruido en el patio del alcazar y lleno de curiosidad se asomó á una ventana. Varios hombres de armas tenian acorralado á un caballero que vestia el hábito de Santiago y, como si fuera un jabalí, descargaban sobre él sendas cuchilladas, asesinándole sin piedad ni misericordia, mientras que de pié en las gradas de palacio otro caballero, cuyo semblante descubria rasgos de ferocidad, gritaba con voz entera:

— Eh! dadle firme! acabad con él y quitádmelo de en medio!

Pedro Fernandez Pecha se hizo atrás horrorizado ante aquel espectáculo monstruoso. Monstruoso en efecto, porque el que vestia el hábito de Santiago y al cual tan villanamente asesinaban, era Don Fadrique el gran maestre de la orden, y el que presidia la sangrienta escena estimulando el ardor de los verdugos como hubiera podido hacer azuzando á sus perros de caza, era su hermano el rey Don Pedro de Castilla.

Qué motivo impelia al monarca al fratricidio?... Dios y su conciencia lo saben. Algunos historiadores interesados en disimular los vicios, defectos ó crímenes de Don Pedro, han dicho que de semejante castigo se hiciera acreedor el Don Fadrique sosteniendo relaciones criminales con Blanca de Borbon, la esposa de su real hermano. Si es así, Dios se lo haya tomado en cuenta, como en cuenta debe haberse tomado la intención que haya podido impeler á los cronistas á pretender borrar en el esposo el crimen del fratricidio para arrojar solo sobre la esposa la mancha del adulterio.

Pero, sea de ello lo que fuere, cosas son que no nos incumben por el pronto y que no son ni de la obra ni del caso.

Decíamos que el buen Fernandez Pecha se habia, lleno de horror, apartado de la ventana. Aquella escena, pasado el primer momento de estupor, abrióle campo para entregarse á reflexiones que, forzoso es confesarlo, fueron breves. El camarero mayor juzgó que no podia ni debia servir por mas tiempo á un rey para llegar á cuyo trono se habia de atravesar un charco de sangre.

Pedro Fernandez Pecha dejó pues un dia la corte renunciando á todas las vanidades del mundo y, ansioso de llevar á cabo las ideas de vida contemplativas que sabemos bullian en su frente, se retiró á la ermita de Nuestra Señora de Villa Escusa en los montes de Toledo, donde ya desde hacia algunos años, y esparramados por sus grutas como un rebaño de ovejas por una sierra, vivian algunos ermitaños de Italia que habian pasado á España para entregarse en aquellos solitarios yermos á su penitente vida.

A poco de estar allí, uniésele Fernando Yañez de Figueroa, canónigo de

Toledo y capellan mayor de la capilla de los antiguos reyes, y no tardó tampoco en ir á acompañarles en su soledad, deseoso como ellos de gozar en la calma de una vida contemplativa, el hermano de Pecha, Don Alfonso, obispo que era de Jaen.

Cerca de la ermita donde retirados vivian los tres solitarios, se elevaba una modesta iglesia bajo el nombre de San Bartolomé, que habia sido construida cuarenta años antes por Diaz Martinez, camarero tambien de Alfonso XI y tio de entrambos Pecha. Allí iban á menudo á rezar y á asistir al santo sacrificio de la misa por no tener capilla en Villa Escusa. La situacion de esta iglesia que era en un lugar apartado y donde se podian construir ermitas en torno, les hizo concebir la idea de establecerse allí, y como era uno de sus tios quien habia sido el fundador, creyeron que podrian obtenerla fácilmente. En efecto, vino en ello el consejo de Lupiana á quien confiriera el fundador el derecho de proveer las capellanías y consintiólo asimismo Don Gomez Manrique, que era por entonces arzobispo de Toledo. Y no solo les hicieron donacion de la iglesia, sino aun de las capellanías y rentas que de ella dependian, tomando de todo posesion el año 1370.

Como el águila que ve agruparse en torno sus aguiluchos, así la iglesia de San Bartolomé vió levantarse á su alrededor varias ermitas algun tanto separadas las unas de las otras. Reunidos allí los anacoretas de las grutas y, dirijidos en cierto modo por Pedro Fernandez Pecha, trataron de imitar la vida solitaria y retirada que practicado habia en la Palestina su modelo San Gerónimo, San Gerónimo el gran poeta de Belen, el ilustre amigo de Paula la hija de los Escipiones, y el digno consejero de Marcela la flor del Aventino.

Poco tiempo despues de hallarse allí, decidieron trocar su vida eremítica en cenobítica y enviar al papa un mensajero para obtener de él la confirmacion de su nueva orden viniendo gustosos en admitir la regla que prescribirlas quisiera. Cuando se trató de nombrar el que deberia representarles cerca de la santa sede, todas las miradas se fijaron en Pedro Fernandez Pecha á quien dieron por compañero Pedro de Roma, que era uno de los primeros eremitas que habian pasado de Italia á España.

Los dos diputados partieron á Aviñon donde residia el papa. Éralo entonces Gregorio XI que les concedió lo que demandaban en bula de 18 de octubre de 1373, habiendo confirmado su orden bajo el título de San Gerónimo, y á mas de la regla de San Agustin que les prescribió, dióles las constituciones que se observaban en el convento de Santa María del Se-

pulcro estramuros de Florencia. No contento con esto, les prescribió asimismo la forma y el color de su traje que consistia en una túnica blanca, un escapulario de color atezado, un pequeño capuchon y una capa del mismo color, todo de color natural y no teñido y de un precio bajo.

El mismo Pontífice quiso con sus propias manos revestir de este hábito á los dos diputados y en seguida recibió sus solemnes votos, ordenándoles antes de despedirles que la iglesia de San Bartolomé de Lupiana con las ermitas que la rodeaban fuese erigida en primer monasterio de la nueva orden, siendo su primer prior Pedro de Guadalajara, pues que con este habia cambiado su nombre Pecha, dejando el de su familia para tomar el del pueblo de su naturaleza. Finalmente, concedió tambien á Pedro de Guadalajara el permiso de fundar otros cuatro monasterios de la misma orden de San Gerónimo, unirles al de San Bartolomé de Lupiana y recibir los votos de todos los ermitaños de su congregacion que habian quedado en España.

Provisto de todos estos permisos, regresó Pedro á España con su compañero, llegando á Lupiana el 1.º febrero de 1374. Una vez allí, recibió los votos de los demás ermitaños, mandó empezar la construccion del monasterio y prescribió reglas para el mantenimiento de la observancia regular, tales como han sido siempre despues observadas. En menos de un año quedó concluido el edificio contribuyendo á ello mucho los parientes de Pecha con su bienes y dinero.

Despues de esto, el antiguo camarero de Don Pedro que no habia aceptado el cargo de prior mas que para obedecer al papa que le permitiera, al dárselo, dimitirlo cuando lo tuviera por conveniente, renunció esta dignidad é hizo elegir en su lugar á Fernando Yañez de Cáceres, que era por entonces el único sacerdote que habia en la orden; pues que antes de la confirmacion de Gregorio XI, Alfonso Pecha, obispo de Jaen, habia dejado la España para ir en peregrinacion á Roma, desde donde hizo cesion de todos sus bienes en favor del monasterio de Lupiana.

Luego de esta eleccion, Pedro de Guadalajara, siguiendo un obra tan santamente empezada, fué á fundar otros monasterios, y fué el primero el de Nuestra Señora de la Sisle cerca de Toledo.

A este no tardaron en unirse otros de menos importancia, hasta que Fernando Yañez, el prior de Lupiana, obtuvo en 1389 el célebre monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe, del que pensamos hablar mas adelante.

En el interin, Pedro de Guadalajara habia sido nombrado prior de Nuestra Señora de la Sisle luego de su fundacion y ejerció este empleo durante veinte

y dos años. Era su humildad tan grande, que aun que muy versado en la lengua latina y en la ciencia de la Sagrada Escritura, jamás quiso tomar las órdenes sagradas por muchas instancias que se le hicieron. Era austero en todo, dormía siempre en tierra sobre un poco de paja, no abandonó nunca el cilicio, y sus abstinencias y ayunos eran casi continuos. A una edad avanzada, dimitió su cargo de prior para ir á concluir sus dias en el monasterio de Guadalupe en compañía de Fernando Yañez, su antiguo amigo, del que era prior. Murió ejemplarmente en dicho monasterio el año 1402 dirigiendo á su compañero aquellas hermosas palabras de San Gerónimo á San Agustín:

— Yo he tenido mi tiempo; he corrido tanto como he podido correr; ahora ya me es debido el reposo.

Despues de la muerte de Pedro de Guadalajara, la orden fué haciendo otras adquisiciones, de manera que en el año 1445, cuando se celebró el primer capítulo general, habia veinte y cinco monasterios en toda la península. Hasta entonces habian estado sometidos á la jurisdiccion de los obispos de los lugares donde los monasterios se hallaban situados. No habian aun celebrado asambleas generales, los conventos se habian elegido sus superiores, y las observancias empezaban ya á ser distintas en algunos de estos monasterios. He ahí porque, para mantener una uniformidad y una misma observancia por todos, tomaron la resolucion de unirse bajo un solo gefe.

Benedicto XIII les eximió pues de la jurisdiccion de los obispos y celebraron su capítulo en Nuestra Señora de Guadalupe el 26 de julio de 1445 donde se hallaron los priores y procuradores de veinte y cinco monasterios que eligieron por general al prior de San Bartolomé de Lupiana, obteniendo siempre en lo sucesivo el cargo de generales los priores de este monasterio.

Tuvieron el segundo capítulo general en 1446, el tercero en 1448 y así cada tres años.

Andando el tiempo, y bajo el reinado de Don Manuel rey de Portugal, los religiosos de este reino quisieron separarse de los españoles y formar una congregacion que era gobernada por un provincial; pero Felipe II, rey de España y de Portugal; solicitó del papa Clemente VIII la reunion de estas dos naciones, siéndole acordado por el papa que ordenó que no hubiera mas que un general para españoles y portugueses.

Tenia esta orden soberbios y opulentos monasterios entre los que se contaban como los mas célebres el de Lupiana, considerado como el pri-

mero, el de Guadalupe, el del Escorial y el de Yuste en cuya historia nos hallamos.

Puédese juzgar de las rentas que tenia este último monasterio por las limosnas que hacia á los pobres de las cercanías, pues que distribuíanse por año á la puerta del convento seiscientas medidas de trigo, que en los años de carestía aumentaban hasta mil y algunas veces hasta mil quinientas. La víspera de Navidad se daban cincuenta medidas á pobres vergonzantes, el dia de Pascua cuatro corderos, y el prior podia dar á quien bien le pareciera, treinta medidas de trigo, seis de aceite y doce ducados de plata, y cuando habia algun pobre enfermo se le enviaba todo lo que le era necesario.

Segun llevamos ya dicho, los Gerónimos vestian blanco con un escapulario y una capa de color atezado. Posteriormente, conservaron la túnica blanca, pero eligieron un escapulario negro con una capucha cuya muceta era redonda por delante formando punta por detrás. Cuando salian ponianse una capa negra tambien que les llegaba hasta el suelo y ataban su túnica con un cinturón de cuero.

En cuanto á sus observancias, levantábanse á media noche para rezar maitines, y tenian diariamente una hora de oracion, media antes de vísperas y media antes de completas. A mas de los ayunos ordenados por la iglesia, ayunaban durante el Adviento entero, el lunes y el martes despues de la Quincuajésima, todos los viernes del año y hasta el dia mismo de Navidad si acaecia en tal dia, los tres dias de rogaciones, con la diferencia de que el lunes podian servirse huevos, leche, queso, etc. debiendo el martes abstenerse. Ayunaban tambien las vísperas de las fiestas de navidad y de la Purificacion de la Santa Virgen y San Gerónimo. El viernes santo ayunaban á pan y agua, y no comian nunca vianda el miércoles, ni aun fuera del monasterio.

Tenian donados cuyo hábito consistia en una túnica blanca con capa atezada sin escapulario.

Es preciso advertir que se conocian cuatro órdenes religiosas ó congregaciones que llevaban el nombre mismo de Gerónimos ó ermitaños de San Gerónimo.

La segunda congregacion era la llamada de Lombardía, y he ahí su oríjen.

Lupo de Olmedo, que fué elegido tercer general de los Gerónimos en 1422, quiso introducir una reforma en la orden, y no habiendo podido conseguir que se conformasen á ella los religiosos de España, pidió permiso al papa

Martin V su condiscipulo para fundar una nueva congregacion bajo el nombre de Monjes ermitaños de San Gerónimo en las montañas de Cazalla, diócesis de Sevilla. Obtenido el permiso, fundó á poco seis monasterios, en los cuales se observaba la regla de San Agustin y unas constituciones muy austeras sacadas en parte de las de los cartujos.

Habiendo pasado segunda vez á Italia donde adquirió otros monasterios, se empeñó en que la regla de San Agustin no convenia á los monjes, y así formó otra nueva sacada de las obras de San Gerónimo, regla que el escritor Sigüenza, que no es ciertamente muy favorable á Olmedo, no puede menos de elojiar diciendo que *estaba ordenada con buen ingenio, diligencia y fielmente cojida, y los mas bien atados centones que yo visto, dignos de mas estima que los que hizo de las obras de Virgilio y Homero, Proba Falconia, tan alabados en el mundo.* Fué aprobada esta regla por Martin V en 1429 dándose el nombre de *San Isidoro* á esta congregacion por la rica abadía de *San Isidoro del Campo que cerca de Sevilla se le dió igualmente*, segun dice el diccionario de las órdenes.

Sin embargo, aunque obtuvo hula para que la siguiesen las demás congregaciones de España, no fué observada por mucho tiempo y volvieron á tomar la de San Agustin. Los siete monasterios que tenian en España fueron reunidos á los primeros Gerónimos en 1595, y los diez y siete de Italia continuaron independientes.

La tercera congregacion fué fundada en 1380 en Montebello en la Umbria por Pedro Gambacorti, llamado mas comunmente el Beato Pedro de Pisa, el cual obtuvo en 1434 de Martin V el permiso de seguir observando la vida penitente que habia abrazado. Eugenio IV les permitió en 1437 celebrar capítulos generales y poder ascender al sacerdocio. En el año 1768 Pio V les mandó hacer votos solemnes segun la regla de San Agustin.

Finalmente, la cuarta congregacion llamada *Sociedad de San Gerónimo*, fué fundada por el Beato Carlos de Montegraneli en 1360, aprobada en 1506 por Inocencio VII; pero mas adelante, por los años 1668 fué suprimida por el papa Clemente IX.

Estas dos últimas congregaciones no tuvieron prosélitos en España.

Tal es en brève resumen la historia de esta orden que si bien ha dado algunos varones célebres á la Iglesia, cuenta sin embargo con bien pocos representantes en la república de las letras.

XI.

LAS PALABRAS DEL SEÑOR.

ERA la noche del 3 de Agosto de 1809.

Los plateados rayos de la luna arrojaban un manto sobre la heroica Zaragoza que mostraba sus derruidos muros y humeantes escombros. A cada paso se tropezaba en la ciudad augusta con ruinas, con incendios, con moribundos, con cadáveres. La muerte y la destruccion habian pasado por allí.

Era que allí se habia peleado sin tregua, sin descanso, sin cuartel, por el altar, por la patria, y por el trono, tres nombres májicos que en aquella época tenian el privilegio de inflamar todos los corazones y de convertir á los españoles todos en soldados, á los soldados en héroes y á los héroes en mártires.

Al grito de guerra lanzado en Madrid el 2 de Mayo, la España se alzó como un solo hombre. Cada gota de sangre derramada encuentra un millar de combatientes prontos á vengarla. Los pulpitos se convierten en tribunas y, armado el brazo de la cruz salvadora, llaman los sacerdotes á una nueva cruzada.

Zaragoza fué una de las primeras ciudades en presentar un baluarte donde estrellarse debia la arrogancia de los guerreros tostados por el sol de Austerlitz y de las Pirámides.

—Ríndete! le habian dicho los franceses á su caudillo Palafox.

—Jamás he comprendido esta palabra.

—Convertiremos á Zaragoza en un monton de ruínas.

—Mejor; así estaré cierto de tener mortaja.

Se establece el sitio, se prolonga: los aragoneses mueren, pero no se rinden.